

Tema V
LO LLEVÓ A UNA POSADA Y LO CUIDÓ
(Cfr. Lc 10, 34d)

Objetivo

Ser un hermano que acerca a los hermanos a la Iglesia, madre de la caridad y de la esperanza para el anuncio de la salvación y el cuidado que se debe tener de todos sus miembros.

Vídeo (La leyenda del espantapájaros)

Hecho de vida

- ¿Qué tan cercanos vivimos en la comunidad, o entre los vecinos a Jesucristo?
- ¿Nos sabemos acompañar, siendo luz, para alumbrar el camino de los demás?
- ¿Cuántas personas conoces que necesitan de ti, para ir al encuentro de la esperanza?

Un pequeño cuento que nos ayuda a descubrir la importancia, de cuidar a los demás

Las tres doncellas

Hace muchos, muchos años, pero de veras muchos, en los bosques espesos de la Sierra Tarahumara vivían criaturas extrañas, dotadas de poderes mágicos como detener el viento, convocar a las aves y reunir a los animales que habitaban en ellos. En una cañada oculta habitaba Soque, un brujo viejo y malvado. Una tarde, cuando se acercó a un ojo de agua cristalina, vio que en él se bañaban tres doncellas hermosas y delicadas. Su belleza lo cautivó de tal manera que se apoderó de ellas y las mantenía cautivas como esclavas. Todo el día tenían que trabajar para mantenerlo contento: lavaban la ropa en el río, barrían la choza, salían a buscar hierbas para las brujerías, preparaban salsas picantes en el molcajete y molían maíz en el metate para hacerle pinole, su golosina favorita. Si algo no salía como a él le gustaba, les pegaba, las regañaba por horas y las dejaba encerradas sin comer. Un día las mandó de cacería, pero no encontraron las zorras que les había pedido el malvado. Temblando, se encaminaron a la choza. “De seguro nos va a pegar con pencas secas de nopal”, dijo una. “Tal vez suelte a las abejas más bravas”, comentó la otra. “O quizá desate a su tigrillo para que nos muerda...” complementó la tercera.

Estaban llore y llore cuando escucharon una voz ronca y extraña que venía del bosque: “Huyan, que yo sabré protegerlas”, les indicó. Aunque no lograron identificar al que hablaba, siguieron sus instrucciones. Muy lejos de allí hallaron un lugar seguro y tranquilo, donde iniciaron su nueva vida. Bebían agua de los arroyos, comían fresas recién cortadas y se divertían mirando a los colibríes que se peleaban por el néctar de las flores. Los pájaros y los animales del bosque eran sus amigos y convivían amablemente como si se conocieran de toda la vida. Una mañana llegó un enorme pájaro carpintero que se posó en la rama de un abedul y les dijo “salgan rápido de aquí, el malvado Soque viene por ustedes y se encuentra muy cerca”. Aunque corrieron con todas sus ganas, Soque estaba a punto de alcanzarlas cuando se escuchó de nuevo la voz que les había hablado tiempo atrás: “Tómense de las manos y haré que suban al cielo”, les indicó.

Así lo hicieron y se elevaron sobre el fondo azul de la media tarde. Enfurecido, Soque tensó su arco. Cuando las flechas las alcanzaron, las tres doncellas se convirtieron en tres estrellas que han brillado por miles de años. Arrepentido por lo que hizo, cada noche Soque se transforma en coyote y regresa al lugar de los hechos para aullarle al cielo.¹

Juzgar:

Iluminación con la palabra de Dios.

Ahora escuchemos un texto bíblico que se nos habla de quién es nuestro prójimo.

Cita Bíblica: Jn 10, 11-16

«Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pastor. El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia.

Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. Pero el asalariado, que no es pastor, a quien no pertenecen las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye, y el lobo hace presa en ellas y las

¹ Adaptación del relato tarahumara referido por Otilia Meza en su libro Leyendas prehispánicas mexicanas.

dispersa, porque es asalariado y no le importan nada las ovejas. Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre y doy mi vida por las ovejas. También tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a éstas las tengo que conducir y escucharán mi voz; y habrá un solo rebaño, un solo pastor.

Reflexión

Uno de los retos que hoy hace que sea urgente la nueva evangelización es nuestra tendencia al individualismo y a la disgregación, resultado de una cultura que exalta al individuo y minimiza las relaciones necesarias de cada uno con los demás. Esta tendencia puede condicionar también nuestra acción pastoral cuando se cede a la tentación de crear compartimentos estancados perdiendo de vista la unidad. No podemos olvidar, por diversos y múltiples que puedan ser los carismas y los caminos que se manifiestan en la Iglesia, que es el Espíritu Santo el que conduce todo a la unidad y supera cualquier sospecha de división (cf. 1 Cor 12, 13). En efecto, para avanzar como Iglesia diocesana en la dirección que señala el Espíritu del Señor ante la urgencia de la nueva evangelización, es necesario abrirse cada día más a esa visión integradora de todos los aspectos de la misión, como hemos querido considerar en los temas que hemos estado desarrollando en estos días, fomentándola en cada uno de los agentes de pastoral y en las comunidades donde estamos insertos. Es necesario tomarlas en cuenta, porque la situación en la que vamos viviendo en la actualidad, nos lo reclama como una responsabilidad grave, pues si no damos buenas respuestas, también estaríamos contribuyendo, desde un pecado social de omisión, en una deshumanización que no podríamos detener. Es preciso esclarecer aquello que pueda ser un fruto del Reino y también aquello que atenta contra el proyecto de Dios.²

El Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium* nos dice: “El miedo y la desesperación se apoderan del corazón de numerosas personas, incluso en los llamados países ricos. La alegría de vivir frecuentemente se apaga, la falta de respeto y la violencia crecen, la inequidad es cada vez más patente. Hay que luchar para vivir y, a menudo, para vivir con poca dignidad. Este cambio de época se ha generado por los enormes saltos cualitativos, cuantitativos, acelerados y acumulativos que se dan en el desarrollo científico, en las innovaciones tecnológicas y en sus veloces aplicaciones en distintos campos de la naturaleza y de la vida”.³ No puede ser posible que como Iglesia nos hagamos insensibles a las necesidades de los hermanos, en sus angustias y sufrimiento, pensando que la vida les está haciendo pasar muchas luchas que no tiene vuelta, sabiendo que como el Buen Samaritano, debemos cuidar de ellos.

Como agentes de pastoral, como cristianos, tomamos también las riendas del camino de esperanza de los hermanos y de la misma manera que el Pastor, nos ponemos delante de los hermanos para acompañarlos y salir adelante juntamente con ellos y llenarlos de una nueva esperanza. ¡Qué bueno será conducir a los hermanos hacia Jesucristo, hacia la casa madre que nos hace volver a la esperanza y renueva nuestras fuerzas para continuar el camino!, pues quien vive la alegría de la esperanza, desde su propio carisma, va contagiando a los demás a vivir la alegría de compartir y de contagiar a los demás en la misma alegría que nos trae Jesucristo. Pertenecer a la Iglesia, como Pueblo de Dios, hace que cada uno se descubra como misionero pregonero de la gran noticia de la alegría y de la esperanza en medio de esta humanidad.⁴

Para lograr esta apertura, desde la acción del Espíritu, es necesario que reconozcamos a Jesús como la puerta, es decir, el Pastor que siempre va delante y que da la vida; es necesario salir a buscar al que está perdido y sanar a quien requiera de salvación. De la misma manera, por la acción del Espíritu, todos estamos llamados a proteger, cuidar, sanar a la oveja descarriada o extraviada; a alumbrar su camino para que encuentre nuevamente el camino que le lleve hacia la puerta; a manifestarle nuestro cariño, sabiendo que este es esperanzador y sanador. Todos, llamados y fortalecidos por el mismo Espíritu, no podemos quedarnos al margen del sufrimiento de los hermanos. Todos estamos llamados a unguir las heridas de quienes sufren y llevarlos a los brazos del Pastor, para que comprendan nuevamente la dignidad que habían perdido y puedan sentirse verdaderamente Hijos de Dios.

Una última aportación, lo vimos en el vídeo que nos proyectaron, entender que nadie puede quedarse con ideas o estructuras ya predispuestas, como la del espanta pájaros, sino que veamos que tanto uno como el otro podemos llevar al otro a retomar el camino, a vivir la alegría de ser diferentes. El espanta pájaros se

² Cfr. Sumo Pontífice Francisco, *Evangelii Gaudium* n. 51

³ *Ibidem*. n. 52

⁴ *Ibidem*. n. 114

descubrió quién era, cuando le dijo el cuervo sobre su esencia, la cual no le gustó y deseó ser diferente. Así necesitamos alguien que nos evangelice, que nos muestre un camino diferente, alguien que anuncie como el cuervo, a los demás cuervos, que todos somos diferentes.

Actuar

Reflexión personal

Ahora reflexionemos y saquemos compromisos de la enseñanza que nos dejó Benedicto XVI en su Encíclica “Spe Salvi”.

- « “La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana. A su vez, la sociedad no puede aceptar a los que sufren y sostenerlos en su dolencia si los individuos mismos no son capaces de hacerlo y, en fin, el individuo no puede aceptar el sufrimiento del otro si no logra encontrar personalmente en el sufrimiento un sentido, un camino de purificación y maduración, un camino de esperanza. En efecto, aceptar al otro que sufre significa asumir de alguna manera su sufrimiento, de modo que éste llegue a ser también mío. Pero precisamente porque ahora se ha convertido en sufrimiento compartido, en el cual se da la presencia de un otro, este sufrimiento queda traspasado por la luz del amor.
- La palabra latina *consolatio*, consolación, lo expresa de manera muy bella, sugiriendo un «ser-con» en la soledad, que entonces ya no es soledad. Pero también la capacidad de aceptar el sufrimiento por amor del bien, de la verdad y de la justicia, es constitutiva de la grandeza de la humanidad porque, en definitiva, cuando mi bienestar, mi incolumidad, es más importante que la verdad y la justicia, entonces prevalece el dominio del más fuerte; entonces reinan la violencia y la mentira. La verdad y la justicia han de estar por encima de mi comodidad e incolumidad física, de otro modo mi propia vida se convierte en mentira. Y también el «sí» al amor es fuente de sufrimiento, porque el amor exige siempre nuevas renunciaciones de mí, en las cuales me dejo modelar y herir. En efecto, no puede existir el amor sin esta renuncia también dolorosa para mí, de otro modo se convierte en puro egoísmo y, con ello, se anula a sí mismo como amor.”⁵ »

Reflexión en pequeños grupos

- ✓ ¿Cuál debe ser mi compromiso cristiano para ir al encuentro del hermano y caminar junto a él, para llegar juntos al Reino?
- ✓ ¿Cómo debo vivir en la Iglesia, si el individualismo no me deja ver el sufrimiento de los hermanos?
- ✓ ¿Estoy dispuesto a caminar en comunidad y salir al encuentro de los hermanos para acercarlos a la Iglesia?

Oración (Hacemos la oración todos juntos y concluimos el día con la oración del Padre nuestro)

«Santa María, tú fuiste una de aquellas almas humildes y grandes en Israel que, como Simeón, esperó «el consuelo de Israel» y esperaron, como Ana, «la redención de Jerusalén». Tú viviste en contacto íntimo con las Sagradas Escrituras de Israel, que hablaban de la esperanza, de la promesa hecha a Abrahán y a su descendencia. Así comprendemos el santo temor que te sobrevino cuando el ángel de Dios entró en tu aposento y te dijo que darías a luz a Aquel que era la esperanza de Israel y la esperanza del mundo. Por ti, por tu «sí», la esperanza de milenios debía hacerse realidad, entrar en este mundo y su historia. Tú te has inclinado ante la grandeza de esta misión y has dicho «sí»: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». Cuando llena de santa alegría fuiste aprisa por los montes de Judea para visitar a tu pariente Isabel, te convertiste en la imagen de la futura Iglesia que, en su seno, lleva la esperanza del mundo por los montes de la historia. Pero junto con la alegría que, en tu Magnificat, con las palabras y el canto, has difundido en los siglos, conocías también las afirmaciones oscuras de los profetas sobre el sufrimiento del siervo de Dios en este mundo. Sobre su nacimiento en el establo de Belén brilló el resplandor de los ángeles que llevaron la buena nueva a los pastores, pero al mismo tiempo se hizo de sobra palpable la pobreza de Dios en este mundo. El anciano Simeón te habló de la espada que traspasaría tu corazón, del signo de

⁵ Benedicto XVI, “Spe Salvi” n. 38

contradicción que tu Hijo sería en este mundo. Cuando comenzó después la actividad pública de Jesús, debiste quedarte a un lado para que pudiera crecer la nueva familia que Él había venido a instituir y que se desarrollaría con la aportación de los que hubieran escuchado y cumplido su palabra. No obstante toda la grandeza y la alegría de los primeros pasos de la actividad de Jesús, ya en la sinagoga de Nazaret experimentaste la verdad de aquella palabra sobre el «signo de contradicción». Así has visto el poder creciente de la hostilidad y el rechazo que progresivamente fue creándose en torno a Jesús hasta la hora de la cruz, en la que viste morir como un fracasado, expuesto al escarnio, entre los delincuentes, al Salvador del mundo, el heredero de David, el Hijo de Dios. Recibiste entonces la palabra: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Desde la cruz recibiste una nueva misión. A partir de la cruz te convertiste en madre de una manera nueva: madre de todos los que quieren creer en tu Hijo Jesús y seguirlo. La espada del dolor traspasó tu corazón. ¿Había muerto la esperanza? ¿Se había quedado el mundo definitivamente sin luz, la vida sin meta? Probablemente habrás escuchado de nuevo en tu interior en aquella hora la palabra del ángel, con la cual respondió a tu temor en el momento de la anunciación: «No temas, María». ¡Cuántas veces el Señor, tu Hijo, dijo lo mismo a sus discípulos: no temáis! En la noche del Gólgota, oíste una vez más estas palabras en tu corazón. A sus discípulos, antes de la hora de la traición, Él les dijo: «Tened valor: Yo he vencido al mundo». «No tiemble vuestro corazón ni se acobarde». «No temas, María». En la hora de Nazaret el ángel también te dijo: «Su reino no tendrá fin». ¿Acaso había terminado antes de empezar? No, junto a la cruz, según las palabras de Jesús mismo, te convertiste en madre de los creyentes. Con esta fe, que en la oscuridad del Sábado Santo fue también certeza de la esperanza, te has ido a encontrar con la mañana de Pascua. La alegría de la resurrección ha conmovido tu corazón y te ha unido de modo nuevo a los discípulos, destinados a convertirse en familia de Jesús mediante la fe. Así, estuviste en la comunidad de los creyentes que en los días después de la Ascensión oraban unánimes en espera del don del Espíritu Santo, que recibieron el día de Pentecostés. El «reino» de Jesús era distinto de como lo habían podido imaginar los hombres. Este «reino» comenzó en aquella hora y ya nunca tendría fin. Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza. Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino».⁶

Padre Nuestro

⁶ Ibidem 49